

GRANTA

---

UN HOMBRE  
LLAMADO LOBO

*Oliverio Coelho*

---



Oliverio Coelho nació en Buenos Aires, en 1977. Publicó las novelas *Tierra de vigilia* (2000), *Los invertebrables* (2003), *Borneo* (2004), *Promesas naturales* (2006), *Ida* (2008) y *Parte doméstico* (2009). Realizó residencias para escritores en México y en Corea del Sur. Fruto de su estancia en Corea, nació *Ji-do* (2009), una antología de narrativa coreana contemporánea y el interés del autor por la cultura de ese país. Entre otras distinciones recibió el Premio Latinoamericano Edmundo Valadés, en México, y el Premio Nacional Iniciación, en la Argentina. Los premios que recibió los derrochó metódicamente en viajes por Latinoamérica, Europa y Asia, en los que desaprendió varias lenguas, y en los que, como contrapartida, gestó un diario que prosigue hoy en su casa porteña de Boedo. Ha escrito artículos y críticas para los suplementos culturales de los diarios *La Nación*, *El País*, *Clarín* y *Perfil*. Actualmente escribe sobre novedades editoriales en la revista *Inrockuptibles* y en su bitácora [www.conejillodeindias.blogspot.com](http://www.conejillodeindias.blogspot.com). «Un hombre llamado lobo» es un fragmento de su novela en ciernes.

Un ómnibus destartalado, que probablemente treinta años antes hubiera sido un lujoso vehículo de larga distancia con asientos reclinables, entró al andén. Un papel escrito a mano y adherido con cinta al lado interno del parabrisas decía «Balcarce». Iván se apuró a subir y se acostó en el asiento del fondo. Volvió la cabeza y observó una rebaba luminosa, un sol aumentado o deformado por el sucio vidrio trasero. El corazón le latía fuerte, la garganta se le cerraba, tuvo la impresión de que no dormía desde hacía días y nunca más conciliaría el sueño. Una certidumbre repentina lo serenó: si encontraba a su padre quizás alguna mujer lo amara en el futuro; quizá perdiera eso que su abuela atribuía a una maldición y era, simplemente, premonitoria timidez de huérfano. Experimentó ese tipo de alivio momentáneo al que acceden ciertos condenados a muerte que conservan la esperanza de que a último momento se les conmute la pena.

Así, cortejado por la fe, durmió hasta que el ómnibus entró en San Manuel. Automáticamente se despertó y caminó por el pasillo hacia el conductor. La avenida principal del pueblo estaba repleta de lomas de burro y más de una vez dio la cabeza contra el pasamanos del techo.

«¿Esto es San Manuel?», preguntó, mirando por la ventanilla las construcciones antiguas de un pueblo fantasma a orillas del ferrocarril.

«Acá mismo.»

«¿Dónde es el centro?»

«Todo es centro... Al final del boulevard, termina San Manuel y están las vías. Yo doblo. ¿Dónde vas?», y empezó a doblar.

«No sé, busco a alguien...», y enseguida pensó en lo simple que sería su aventura si no hubiera perdido la dirección de su padre.

«Entonces bajá acá y preguntá en el bar.»

Iván se bajó en la puerta de una típica construcción de los ferrocarriles ingleses con frente de ladrillo a la vista. Era mediodía y el

OLIVERIO COELHO

viaje había durado, según calculó, más de un hora. Las persianas de chapa del bar estaban semibajas, pese a lo cual entraban y salían hombres. En el ventanal un cartel versaba «Bar de Chicho». Detrás del ventanal, siluetas de hombres reunidos en torno a una mesa. La puerta emitió un chirrido que el temor de Iván a adentrarse tornó sobrenatural. Luego, cuando dio el primer paso en el interior del bar, rechinó un tirante de pinotea que probablemente desde hacía un siglo había soportado el primer paso ansioso y el último paso ebrio de miles de parroquianos, y tuvo ganas de esconderse o retroceder, pero la decoración anacrónica del lugar lo hipnotizó: en las paredes altas y descascaradas sobrevivían propagandas de otra época, afiches en los que se anunciaban corridas de toros, banderines de Boca y un póster de la formación campeona en el Nacional 1976. Nadie se volvió, nadie notó que había entrado un forastero. En una mesa, cerca de la ventana, seis hombres impregnados de esa atmósfera jugaban al truco y tomaban ginebra. Se escuchó el rezongo de uno de ellos: «Eso sí, no hay nada como la piedad de las mujeres».

Iván trató de no quedarse quieto en esa luz de otra época. Jugó a pensar que si no se movía quedaría para siempre congelado en el cerco de nostalgia de esos parroquianos. Detrás del mostrador de madera había una señora. Fue hacia ahí, despacio para no renguear, esquivando la mesa de *pool* con el paño rasgado, convencido de que esa figura femenina, tan característica del bar como las fotos y los afiches que abarrotaban las paredes, podía saber algo de su padre. La señora lo miró sin asombro. Con acento gallego y entonación maternal le dijo: «Si busca trabajo acá no hay». Iván se volvió. Observó rápidamente el paisaje de timberos desparramados justo antes del almuerzo, en un salón que se comunicaba con el salón principal del bar. Como si jugara a leer los pensamientos del forastero, ella volvió a hablar: «No se quedan todo el día. A la una se van todos a almorzar y vuelven después de la siesta. Si busca a alguien, acá lo va a encontrar».

A Iván le horrorizó la idea de que su padre estuviera entre los presentes y lo hubiera visto entrar rengueando. Ese nuevo defecto,

tan impropio, le avergonzaba y era lo primero que le explicaría. Mencionaría una caída, omitiría por supuesto la aventura que había precedido su llegada a San Manuel, y le comentaría que Estela había muerto. Luego le diría que no venía a pedir explicaciones, que sabía –porque un hombre llamado Marcusse lo había visitado y le había referido todo– que él había querido a Estela y había hecho todo por encontrarlos cuando ella huyó por motivos que aún después de su muerte seguían en el misterio.

Miró las caras, tratando de reconocer a alguien que se le pareciera. El exceso de luz y polvo le impedía distinguir rasgos en detalle. Las caras estaban vacías como máscaras. Las voces eran guturales, lejanas y muy imprecisas, como si salieran de un fonógrafo. El espacio amplio y frío, el piso de madera con cámara de aire, levantaba un eco tan extraño que todos esos hombres con naipes en la mano parecían estar negociando en el purgatorio un pasaje al paraíso.

«Busco a Silvio Lobo.»

«¿Silvio Lobo? A ver...», y en vez de mirar hacia los presentes cerró los ojos para hacer memoria. «Medina, Lobo se acaba de ir, ¿no?»

Un hombre de boina y bigotes tupidos, camisa arremangada, el mismo que había dicho «no hay nada como la piedad de las mujeres», se volvió enseguida y sin soltar las cartas ni hablar, señaló hacia el salón contiguo.

«¿Quiere que lo llame?», preguntó la mujer.

«No, por favor», casi suplicó Iván. «Señáleme quién es y yo me acerco.»

«A ver, ahora te digo», se inclinó por sobre la barra como si asomara por una ventana: «Ahí, ves ese señor con un pullóver gris y anteojos, al fondo... Ése es Lobo».

Iván atravesó con la mirada los corpúsculos de luz que llenaban el ambiente y clavó los ojos en ese hombre como si quisiera sorber su apariencia. Lobo, al igual que cualquier persona que inconscientemente se siente observada, desvió el rabillo de un ojo hacia él

OLIVERIO COELHO

durante un instante ínfimo, y volvió a fijar la atención en el partido que se desarrollaba sobre la mesa. No parecía estar jugando, pero observaba cómo jugaban los otros con una concentración que podía confundirse con la resignada autoexclusión de un perdedor nato.

Se dijo que no convenía irrumpir de la nada en esa situación. Si se acercara rengueando y se presentara como su hijo, podía abochornarlo y despertar en los demás jugadores burlas que su padre luego no le perdonaría. El hijo bastardo de Lobo, dirían. La dueña, ahora que sabía que buscaba a un espectro y no venía a pedir trabajo, vigilaba la situación en vistas a un futuro rumor que podría amenizar su tarde. Iván se acodó en la barra, buscó un punto de vista claro y siguió cada movimiento de su padre: no gesticulaba mucho, tenía los pómulos hundidos, arrugas fuertes en la frente y en las comisuras, entradas amplias y labios finos que cada tanto humedecía con la punta de la lengua y que, de manera automática, como si ejercitara un tic, secaba con el dorso de la mano. El color de los ojos era indiscernible, porque la luz espejaba el cristal verdoso de sus anteojos enormes y anticuados. Podía distinguirse, sí, el gesto reverente con el que bajaba la mirada cuando alguno de los jugadores le pedía porotos. Cuando amagaba a sonreír, se formaban hoyuelos, inmediatamente después de lo cual la sonrisa retrocedía. La piel amarillenta de la cara brillaba, como en casi todos los presentes expuestos al sol frontal que filtraban los sucios ventanales. Para observar su boca, fijarse por ejemplo si tenía todos los dientes, o mirarle las manos y compararlas con las propias –había oído que padre e hijo compartían una estructura ósea más que una apariencia–, tenía que acercarse. Así, a la distancia, no advertía ningún parecido salvo atributos muy generales, como ser desgarbado y medir un metro setenta. Sentía, sin embargo, que en cuanto alterara la posición que, para volverse imperceptible, había tomado junto al mostrador con el consentimiento de la dueña, todo el mundo se volvería sincronizadamente hacia él durante al menos cinco segundos eternos para estudiar su condición de forastero.